

Algo huele mal en Dinamarca, pudo decir un día Hamlet y algo no ha ido bien por estas tierras de la dura meseta castellana durante las dos semanas anteriores a la elección de presidente de la Diputación.

Bien es cierto que nadie nace enseñado y tampoco hay que pedir peras al olmo; después de cuarenta años de brazos cruzados, nos hemos encontrado en la delicada tesitura de tener que elegir. Y no sólo eso, sino también de tener que preparar una elección. La casa no ha empezado por el tejado, sino por uno de los pisos de enmedio, que es todavía más difícil; olvidados del pueblo, que en este asunto no pintaba nada; sin técnicos que pudiesen preparar campañas, innecesarias, por otra parte; sin definiciones ideológicas imposibles, que hubieran puesto a cada cuál en su sitio; sin programas de actuación ni ofertas concretas, que a nadie interesaban, los preparativos para la elección de presidente de la Diputación han sido justamente lo contrario de la democracia. Por un instante, quienes hemos sido observadores neutrales, hemos tenido la sensación de volver cincuenta años atrás, adentrándonos en la oscuridad de los más turbios años de la historia reciente española.

Nos resistimos a contar las cien y una anécdotas extraídas de cada bando; el conjunto nos viene a decir que la vida provincial se ha enconado mucho más allá de lo imaginable sólo quince días atrás. Por un lado, las presiones de unos para convencer a los dudosos de que dejaran de serlo, con ofertas de todo tipo, reclamando antiguos compromisos; por otro, llamadas telefónicas, advertencias, viajes, reuniones misteriosas.

Muñoz Durán se movió poco. Más lo hicieron los hombres de la Jefatura provincial, en apoyo indirecto de la postura de su jefe nato.

Por la otra parte, el objetivo era ganar a los dos dudosos, en cuyas manos debería estar la votación. El sábado anterior a la elección, ambos fueron invitados a una cacería, en la zona de Fuentelespino de Haro, a la que acudió el propio Ruiz-Jarabo y a la que falló Fraga Iribarne, también invitado.

Cometió Muñoz Durán un serio error, cuando invitó a su contricante a un debate público; para el hombre de la calle, tal gesto se interpretó como una rabieta, como un gesto desesperado, injustamente atribuido al candidato que, en realidad, no tuvo



¿CORDIALIDAD? ¿COLABORACION? ¿ENFRENTAMIENTO?

nada que ver, ya que la idea fue de Ismael Medina, periodista conquense llegado en apoyo del ex-presidente, lo mismo que días antes lo hiciera Luis Vicente Moro, ex-delegado sindical. Intento condenado al fracaso, porque ya Palomino había decidido permanecer en silencio.

Por el hilo...

Conviene, en este punto, hacer referencia a otro factor que, por ser de comentario público, no puede eludirse. No lo haremos tampoco nosotros, a pesar de la delicadeza del tema.

Es bien conocida la influencia que en el terreno de las decisiones provinciales ha tenido siempre D. Francisco Ruiz Jarabo, el único conquense que ha alcanzado el grado de ministro durante el Régimen de Franco. Influencia que se ha traducido, en el terreno práctico, en los nombramientos de casi todos los cargos provinciales durante los últimos años. Alrededor de la figura del ex-ministro y todavía consejero nacional del Movimiento en representación de la provincia de Cuenca, se ha creado un grupo de personas, a quienes se conoce con el nombre de jarabistas y que por lo general ocupan o aspiran a ocupar los sillones de la administración provincial.

La súbita presencia de la candidatura de Constantino Palomino fue atribuida, de inmediato, al deseo de Ruiz Jarabo de sentar en la presidencia de la Diputación a un hombre de su grupo. Ello puede hacer suponer, obviamente, que Muñoz Durán no formaba parte de tal grupo aunque, para ser titular de la Diputación, tuvo que re-

cibir, en su momento, la conformidad del entonces ministro.

La pregunta es elemental: ¿por qué perdió Muñoz Durán esa confianza? El tema nos lleva, de cabeza, a otro: la reconocida y no disimulada fidelidad personal de Alfonso Muñoz Durán a Moisés Arrimadas Esteban, gobernador civil de Cuenca.

Una atenta lectura de los discursos pronunciados en los últimos meses nos permite descubrir que de ellos ha desaparecido toda alusión a la figura de Ruiz Jarabo, referencia obligada anteriormente, en términos laudatorios, por supuesto. Un detalle, igualmente significativo, es contemplar que, en la Revista editada por la Diputación, con ocasión del Día de la Provincia, aparecen, ocupando una página entera cada una, las fotografías de Moisés Arrimadas y de monseñor Guerra Campos, mientras que la de Ruiz Jarabo sólo ocupa media página, compartida con otro conquense, Bermejo Gironés.

Siguiendo el hilo, hacia atrás, hallamos una simple anécdota, que puede ser el punto de partida para los acontecimientos posteriores: misa por los caídos de Cuenca, en el Valle de los Caídos. Cuando, al final, se canta el Cara al Sol y llega el momento de dar los gritos de ritual, Arrimadas y Ruiz-Jarabo, a la vez, alzan la voz. Para los asistentes al acto surge, en silencio, la pregunta: ¿quién manda en la provincia?

A partir de aquí parece que se produce una ruptura total entre el ex-ministro y el gobernador, a cuya actitud independentista se unió Muñoz Durán. Consecuentemente, la figura del presidente de la Diputación se convirtió en blanco propicio, tan pronto surgió la ocasión favorable.